

La obra que estamos comentando es «técnica», pero es también espiritual. El A. hace en ocasiones verdadera exhibición de sus artes retóricas, tanto en el uso de los términos como de las imágenes, algunas de las cuales –se adivina– le son particularmente queridas, como es el caso «del cañamazo y las hilanderas»; así como en el recurso a usar términos de la lingüística para referirse a realidades teológicas: «sintaxis trinitaria del ministerio», «gramática bíblica» etc. Las imágenes se multiplican sobre todo cuando, en medio de análisis minuciosos e incluso prolijos, el A. quiere llevar al lector al hogar de la Palabra, «que sana y cura, ilumina y transfigura la fragilidad de lo humano».

Jacinto Núñez Regodón

Santiago Guijarro Oporto, *Servidores de Dios y esclavos vuestros. La primera reflexión cristiana sobre el ministerio*, Biblioteca de Estudios Bíblicos Minor 17, Sígueme, Salamanca 2011, 126 pp.

Esta nueva obra del prof. Santiago Guijarro tiene el objeto de presentar la que él considera la primera reflexión cristiana sobre el ministerio, que se encuentra en el texto de 2Cor 2,14-7,4. La obra consta de una introducción, cuatro partes y una bibliografía final. En la Introducción, de forma concisa y clara, el A. pone de relieve cuatro aspectos de aquella experiencia original y reflexión sobre el ministerio. El primero es la interpretación de la memoria de Jesús. El segundo es el recurso a las Escrituras de Israel, en diálogo con las cuales se va a perfilar la verdadera identidad del ministerio. El tercer aspecto es el de la terminología: se advierte el esfuerzo por crear un vocabulario propio para hablar del ministerio a partir del lenguaje común. El cuarto, en fin, es el dato de que, aunque esta reflexión está muy pegada a circunstancias concretas, aparecen ya los rasgos fundamentales que definen el ministerio cristiano.

En la primera parte se trata del contexto de la carta. Para el prof. Guijarro la carta del ministerio, es decir, 2Cor 2,14-7,4, contiene el cuerpo de una carta enviada por Pablo a los corintios, que habría sido incluida posteriormente en la que hoy conocemos como la segunda carta a los corintios. Otro escrito distinto, dirigido a los mismos destinatarios con un breve intervalo de tiempo, sería 2Cor 10-13, que podría identificarse con «la carta de las lágrimas» de la que se habla en 2Cor 2,4. A final del siglo I o comienzos del II, en

la misma época de la redacción de las deuteropaulinas, estos dos escritos menores se habrían unido en la actual 2Cor.

Por lo que respecta a la situación que motivó la carta, parece que la comunidad corintia se había distanciado de Pablo debido al influjo de otros misioneros que habían cuestionado su autoridad. A partir del escrito de 2Cor 10-13 puede diseñarse el perfil de los mismos. El que Pablo hable de ellos como «superapóstoles» hace pensar que se presentaban como intermediarios de la divinidad, una especie de «hombres divinos», que se vanagloriaban de haber vivido experiencias extáticas que les acreditaban como tales. Ese perfil les haría gozar de la simpatía de los corintios, prontos a valorar todo aquello que otorgara prominencia social, como la riqueza, el poder o la elocuencia. Frente a ellos Pablo se negaba abiertamente a jactarse de sus cualidades (cf. 2Cor 11,18-21). Y las críticas de los corintios hacia él tendrían que ver precisamente con cuestiones de la apariencia, a la que se concedía un enorme valor en una sociedad competitiva y arribista.

La primera parte se cierra con la observación de que la reflexión de Pablo debe ser entendida en el marco de una fraternidad apostólica en la que ocupaban un lugar prominente Timoteo, Tito y Silvano. Como prueba de ello, además de la presencia de Timoteo en el saludo (2Cor 1,1: «Pablo y el hermano Timoteo»), el A. subraya el uso abrumador de «nosotros» frente a «yo». Ese plural sirve en algunas ocasiones para subrayar los lazos entre Pablo y los corintios y en otras muchas para expresar las estrechas relaciones de aquella fraternidad ministerial.

En la segunda parte se ofrece el texto de la carta. Aunque el A. propone una división de la misma (comienza con una acción de gracias, termina con una exhortación, y en medio tres partes en torno a: a) la capacidad del ministro, b) su debilidad y c) su estilo de vida, respectivamente), el texto va todo de corrido, enriquecido con abundantes notas de carácter filológico. Por lo que respecta a la traducción me ha sorprendido que en 2Cor 3,9 se haya optado por una expresión más «plana», como es la de «ministerio de salvación», donde el texto original habla del «ministerio de la justificación», en claro paralelismo con «ministerio del Espíritu» y en antítesis a «ministerio de la condenación».

La tercera parte lleva el título general «sobre el ministerio». Es la más extensa y está dividida en cuatro capítulos. El primero se ocupa del ministerio como servicio. Llama la atención que en la carta del ministerio Pablo no utiliza nunca el título de «apóstol»

–que reivindica precisamente en la apología de 2Cor 10-13–, sino que habla de sí mismo como «servidor» y de su tarea como «servicio», en clara continuidad con la tradición evangélica para la que el verbo *diakonéo* se ha convertido en un término técnico para designar el ministerio y la misión de Jesús.

En esa lógica, en el capítulo siguiente se habla de la «unión con Cristo», que se expresa, en primer lugar, en el conocimiento de él: un conocimiento que es no «según la carne» (cf. 2Cor 5,16), sino «según el Espíritu», que para nuestro A. equivale a «según la cruz». Este conocimiento da lugar a una nueva forma de vida («nueva criatura» se dice en el v. 17). «Los que viven» son los que han hecho esta travesía vital característica del misterio pascual de Jesús.

A continuación el A. pone su atención en dos expresiones que usa Pablo para hablar del ministerio. La primera es la de «ministros de la nueva alianza» (cf. 2Cor 3,5-6), en la que hay una evocación eucarística. La segunda es «el ministerio de la reconciliación» (2Cor 5,18): habría sido en la experiencia del camino de Damasco donde Pablo tuvo personalmente esa vivencia de la reconciliación. En ambas expresiones late la idea del ministerio al servicio del evangelio, es decir, la invitación para que todos acojan la gracia que Dios ofrece.

Se cierra esta parte central de la obra con un capítulo que lleva por título «fuerza en la debilidad». El A. se ocupa, en primer lugar, de la expresión «tesoro en vasijas de barro» (2Cor 4,7) y, luego, de la que dice que «llevamos en nuestro cuerpo el morir de Jesús» (2Cor 4,10): el cuerpo de los ministros de la nueva alianza se convierte así en un lugar decisivo para el ejercicio de su ministerio, pues en él se sigue haciendo presente el misterio pascual de Jesús. El morir del ministerio se expresa también en la expresión «hacerse esclavos vuestros por causa de Jesús» (2Cor 4,5), en la que hay una clara evocación del «hacerse esclavo hasta la muerte» del himno de Flp 2,7, dicho de Jesús.

La cuarta y última parte es una «lectura de la carta». Resulta repetitivo que se vuelva a traer aquí el texto de la carta, ya presentado y justificado en la segunda parte, como hemos señalado más arriba, si bien es verdad que el objetivo es distinto: allí se trataba de aclarar, en las notas, el texto en su literalidad, mientras que ahora se quiere subrayar la lógica interna, «identificar la línea de pensamiento, el desarrollo de los argumentos que se van exponiendo». A más de un lector le resultará interesante el comentario del A., para quien es probable que Pablo, al encomendar la carta a un emisario para que la hiciera llegar a los corintios, diera indicaciones precisas sobre

cómo debía leerla, e incluso le explicara el sentido de algunas de sus afirmaciones, para que él pudiera responder a las preguntas que le formularan los oyentes.

El prof. Guijarro nos ha ofrecido una obra breve y muy sustanciosa acerca de la primitiva reflexión sobre el ministerio. Alguien podría preguntarse qué se quiere decir exactamente cuando se habla de ministerio. Los lectores con una formación básica en estas cuestiones convendrán fácilmente en responder que se trata del «ministerio apostólico». Aun así, esta denominación sigue teniendo un carácter general. Surgen muchas cuestiones: ¿cuáles son las tareas concretas de ese ministerio?, ¿qué diferencias pueden establecerse con otros ministerios y funciones que sabemos existían en las comunidades paulinas? El A. hace, en efecto, una reflexión muy «concentrada» sobre la naturaleza del ministerio, pero esta reflexión suscita la pregunta por su «representación» histórica.

Habría que decir, con razón, que no era ese el objetivo de la obra que estamos comentando. En una breve referencia dice el A. que «la definición de la naturaleza, el lugar y la tarea del ministerio fue el resultado de un largo proceso que se encontraba en sus primeros estadios en la época del NT» (p. 60). Pienso, más bien, que es precisamente en ese arco de «la época del NT» en el que quedaron básicamente diseñados la naturaleza, el lugar y la tarea del ministerio. A pesar de los desajustes en la terminología y la diferente configuración de los ministerios según las comunidades, entre otras cosas, puede afirmarse que se llegó a una estructura, de carácter fundante, en la tríada de obispo(s)-presbíteros-diáconos, que se encuentra ya en las cartas pastorales y que resulta compatible con la idea presente en Ignacio de Antioquía, contemporáneo de aquellas cartas, de un «episcopado monárquico». Nada de esto se encuentra aún tan definido en esta primera reflexión sobre el ministerio, pero lo que aquí se dice es coherente y convergente con otras presencias de servicios ministeriales en las comunidades, que desembocarán, finalmente, en la tríada fundante señalada más arriba y que es la que continúa hasta el día de hoy en la tradición de la gran iglesia.

Para entender la reflexión de Pablo sobre el ministerio nuestro A., con toda razón, considera fundamental dar cuenta de algunos elementos básicos de la vertebración de la comunidad de Corinto a la que el apóstol se dirige, y, en concreto, que por la influencia de otros misioneros, contrarios a Pablo, los corintios dieran importancia a cuestiones de prestigio, apariencia y honor, que no se reconocían en Pablo y que el apóstol mismo menos-precia. Creo que más que hablar de los corintios en general habría que señalar algún grupo en

particular como responsable de esta mentalidad. La primera carta ofrece datos bastante seguros para suponer que, sobre todo en su apología de la debilidad, paralela a la «sabiduría de la cruz» de 1Cor 1,18ss, Pablo se dirige, más que a la comunidad en su conjunto, a aquel grupo elitista e influyente que, en el seno de la misma, hacía gala de su capacidad retórica, de su superioridad intelectual y de su alto nivel económico.

Para terminar, quiero ponderar el valor de esta obra tan cuidada en la forma y en el fondo, con una bibliografía selecta, muy ceñida al tema, con una estructura lógica... El A. ha sabido aunar la claridad en la expresión con la profundidad en las perspectivas del pensamiento, y satisfacer tanto los intereses intelectuales como las inquietudes espirituales y pastorales. Es, al menos, lo que yo he experimentado personalmente.

Jacinto Núñez Regodón